

JUAN DE MARÍA

Juan de María es un torero valiente. Juan nace pobre en el seno de una familia de jornaleros cordobeses. Sudor, polvo, aceitunas y algún mendrugo de pan.

Su afición a la tauromaquia deriva tanto de su pasión por el toro bravo como del hambre que le acompañaba desde la cuna y la necesidad y el anhelo de salir de un mundo sin futuro al que se halla condenado.

Juan merodea las fincas y los tentaderos cordobeses de chiquillo y pronto comienza a destacar no solo por su valor, sino también por su conocimiento de los terrenos y del comportamiento del toro de lidia, adquiridos en las dehesas donde se ha criado.

Alto, espigado, de pelo negro ensortijado y tez morena, Juan de María es un hombre guapo.

La guerra de África trunca sus sueños en 1925. Con 18 años desembarca en la bahía de Alhucemas con los tercios legionarios a los que se ha alistado voluntario.

Cinco años después, en 1930, se licencia con el grado de sargento, dos medallas al mérito militar con distintivo rojo y un petate lleno de libros que ha ido comprando en Tetuán y Tánger después de haber podido aprender a leer y escribir gracias a la paciencia y el afecto del Padre Nicolás, un capitán castrense.

Recibido junto a su sección por el mismo rey Don Alfonso, un año después ya es torero famoso, alabado por la crítica y adorado por el pueblo llano. El héroe de guerra convertido en matador de toros. Su pasado, su valor y su dominio de las suertes le convierten en un ídolo. Un torero temerario que gusta de esperar de rodillas la salida de los astados por la puerta de toriles, practicar la suerte de banderillas y ser certero con los estoques.

Juan de María frecuenta tertulias taurinas, literarias y políticas. La suerte le sonrío. Es habitual en los cafés madrileños y en los círculos más selectos. También se deja ver por tabernas populares y los barrios bajos de la capital. Amigo de políticos, escritores, faranduleros y chulapos. Lorca, Dalí, Foxá, Mihura, Maruja Mallo, Victoria Kent... Las mujeres le admiran, los hombres le respetan. Apuesto, elegante, listo. Puerta Grande en Madrid, Sevilla, Barcelona. Gira por Hispanoamérica la próxima temporada. Cortijo en Córdoba para sus padres y sus hermanos.

En la primavera de 1934 conoce a Mercedes, la hija menor de los Marqueses de la Matilla, una joven deliciosa e inteligente de la que se enamora locamente. Ella le corresponde. La inicial reticencia de los padres de la dama se transforma cuando conocen personalmente a Juan. La diferencia social parece no importar. Menos

ahora en tiempos de República. La débil situación económica de los marqueses también ayuda a la toma de decisión.

El noviazgo se hace oficial. Mercedes es una mujer moderna, independiente, republicana pese a su origen aristocrático. Pertenece al selecto grupo de las Sin Sombrero. Colabora en el bufete de la política y feminista Clara Campoamor.

Es en la Taberna de Antonio Sánchez donde se ven por primera vez, coincidiendo en un encuentro de intelectuales y artistas. Gregorio Marañón, amigo personal de los padres de Mercedes quien los presenta. Los retratos de Lagartijo, Frascuelo y las viejas lámparas de gas del establecimiento centenario, son testigos de su eléctrica e inmediata conexión.

Juntos se dejan ver tanto en los principales salones de baile como en las verbenas más populares, los círculos intelectuales y los tablaos flamencos. Los comedores de Lhardy o las tascas y tabernas de El Rastro.

Mercedes lo acompaña a menudo a las corridas. Las barreras y los tendidos de la plaza se iluminan con su presencia.

La boda es inminente. La fiesta de pedida de mano es portada en la revista Blanco y Negro.

Verano de 1935. Acabada la corrida en Torrijos que ha resultado un éxito, Juan de María y su cuadrilla tienen pensado cenar y dormir en la pensión y volver a Madrid por la mañana, descansados.

Juan llama a Mercedes por teléfono. Mercedes le comenta que tiene pensado acudir esa tarde a casa de su amiga Dorita, reunión de mujeres, nada especial, sin etiqueta. No cree que acabe muy tarde. Deciden que, al día siguiente, sábado, la pase a buscar por la mañana para visitar una galería de arte en la calle de Villanueva. El domingo toca torear en las Ventas. Belmonte y Manolete cierran el cartel. La corrida del siglo, la llaman.

-Ten cuidado con el coche, Juan- le pide Mercedes- no tengas prisa- Descansa y reposa. Yo te espero-

- Y si le doy una sorpresa – comenta Juan con Manuel su mozo de espadas. - Cojo el coche y me planto en Madrid, en casa de Dorita con un ramo de flores. Buena alegría se va a llevar-

A las diez de la noche Juan llega a Madrid. Para que la sorpresa sea mayor, decide entrar por el jardín trasero de la casa de Dorita que él ya conoce a la perfección. Nadie le verá aparecer.

Salta la tapia. Inmediatamente descubre a Mercedes apoyada en un castaño y un hombre vestido con uniforme de la Falange. Es Pedro de Heredia, conocido de ambos. Guapo, señorito y con fama de chulo y conquistador. Se están besando y abrazando apasionadamente. Mercedes jadea y susurra palabras que Juan no entiende. Se queda paralizado, atónito, perplejo. Los mira por unos instantes. No lo puede creer.

Como un autómatas, sin saber qué hacer se da la vuelta. El ramo de flores queda tendido sobre el jardín. Corre y corre sin parar, deambula sin rumbo durante horas. La Taberna de Antonio Sánchez es su último refugio. La escasa luz, el humo denso y el ala ancha de su sombrero le evitan ser reconocido. Afortunadamente ya quedan pocos feligreses. Se sienta en una mesa poco iluminada, al fondo de la barra, justo el sitio en el que vio a Mercedes por primera vez. Pide una botella de coñac. Las lágrimas le caen por el rostro y el licor por la garganta. Mirada perdida, ensimismado en la escena que acaba de presenciar y que una y otra vez pasa por su mente, sin entender nada. ¿Por qué?

Los corrillos de parroquianos hablan sin parar de la corrida de mañana, la del Siglo, los más afortunados se jactan de tener entrada.

- Seguro que Juan de María la va a liar por todo lo grande. Los tiene bien grandes- dice uno.
- Pues los otros dos no se van a quedar atrás- comenta otro.

Juan no escucha. Solo Mercedes está en su cabeza. Sigue bebiendo. Cuando sale la noche está fría y dentro de él ya no queda nada.

Al día siguiente, por la mañana, Mercedes acude a casa de Juan que ha dado orden a sus sirvientes de excusar su ausencia. No la recibe alegando una indisposición, ni tampoco atiende al teléfono en todo el día.

El domingo, el apoderado, la cuadrilla y el mozo de espadas de Juan acuden a buscarlo. La corrida, como siempre, a las cinco de la tarde. Juan está serio y callado, extrañamente serio. Elije un traje negro y plata. Se viste despacio, muy despacio, absorto, ensimismado, como un autómatas, casi sin dejarse ayudar. Apenas dirige la palabra a su gente. Rompiendo la costumbre, no reza. Fuma sin parar y bebe varias copas de coñac.

Mercedes ocupa un asiento de la barrera de sombra junto a un grupo de amigos. No ha sabido nada de Juan desde aquella llamada desde Torrijos. Mantilla, peineta y guantes de encaje. La incertidumbre de no saber qué le sucede a su prometido, los recuerdos tórridos de su encuentro con Pedro, - ¿se habrá enterado Juan de algo?- las dudas de la relación, la boda que ya no sabe si quiere que se celebre, invade sus pensamientos

Juan hace el paseíllo. La mira fijamente. No atiende otra cosa. Participa en la lidia de los dos primeros toros completamente ajeno a lo que pasa alrededor. Belmonte le llama la atención en un par de ocasiones.

Tercer toro de la tarde. Juan de María se prepara en la barrera. Despliega el capote. Suenan los clarines. El mozo de toriles se acerca al portón para dar salida al toro: "Bulería", castaño claro, ganadería de Pablo Romero, 550 kilos.

Juan de María se dirige a la barrera donde se encuentra ella. La mira fijamente, sin ninguna expresión en el rostro. Ella se levanta sin saber qué hacer.

- Va por tí Mercedes, la última vez.

Juan se gira y se encamina despacio a la puerta de toriles. A tres metros de ella hince en el suelo las rodillas.

-Demasiado cerca-, murmura la gente.

Mercedes se estremece.

Se abre el portón. El toro asoma.

Juan arroja al suelo el capote, se santigua y pone los brazos en cruz, indefenso.

El toro se arranca violento hacia él.

Abril 2026

Rita Hansolo